

viveres en la plaza, y finalmente, hizo levantar el sitio á los ingleses, que tenian reunidas, asediando la plaza, sus mas aguerridas y experimentadas tropas, mandadas por el conde de Suffolk, por Sir Juan Talbot, y por Falstaff.

Juana fué herida en la espalda por una flecha, y allí en las murallas de Orleans comenzó su martirio.

Despues de una série de hazañas, todas atrevidas, meritorias y gloriosas, que dieron por resultado la completa derrota de los ingleses, y la muerte, la retirada ó la cautividad de sus principales caudillos, Juana intentó la empresa de conducir á Carlos VII á que se coronase en Reims, donde acostumbraban hacer los soberanos franceses desde tiempos muy antiguos, esa doble ceremonia política y religiosa.

Mientras el rey de Francia no se habia coronado en Reims, el pueblo no lo consideraba un rey completo.

Carlos habia tenido necesidad, como hemos dicho, de coronarse en Poitiers, porque el país desde Paris á Reims estaba ocupado por los enemigos. El monarca, reducido á su propia capacidad y á sus recursos, habria dilatado mucho tiempo, ántes de ser un rey completo; pero se presentó una pobre muchacha, una simple aldeana, y de la mano llevó al rey por en medio de la victoria y de los triunfos hasta ponerlo en el altar de la gótica cate-

dral de Reims, donde fué ungido con el óleo santo que una paloma trajo del cielo para consagrar al fundador de la monarquía francesa.

Juana acabó su mision, dejando á las ciudades rebeldes conquistadas, á los enemigos vencidos, á las pocas tropas inglesas que quedaban llenas de terror, y al rey coronado ya, rodeado de una nobleza que le era adicta y de un ejército orgulloso, moralizado y valiente con las nuevas y espléndidas victorias que habia alcanzado.

Juana, hemos dicho, que consideró concluida su mision, y sin ambicion, sin honores, sin orgullo, se retiraba á su aldea, al lado de sus padres, á morir en medio de la paz y de la oscuridad doméstica.

El rey, que consideraba á su trono sin apoyo, á su ejército sin general, y á todo el país sin proteccion ni abrigo, si Juana se retiraba, le instó para que se quedase y continuara sus servicios, hasta lograr la entera espulsion de los ingleses.

Juana se quedó triste, desanimada, silenciosa. Los ángles que la acompañaban se habian volado, las voces dulces y argentinas que desde los cielos llegaban hasta sus oídos permanecian en silencio; aquellas visiones blancas, vaporosas, que la visitaban en sus sueños, habian desaparecido para siempre.

Juana habia quedado enteramente sola y humilde, y simple pastora, volvía á su casa á enseñar las cicatrices de sus nobles heridas recibidas en la prodigiosa y nunca vista campaña que habia hecho.

El rey, como hemos dicho, no la dejó, y la muchacha tuvo necesidad de vestirse otra vez con su casco y su armadura, montar en el corcel y salir á la campaña.

Sus protectores habian desaparecido, y solo quedaban á su derredor la envidia, la traicion y la ingratitude.

Abandonada de todos los franceses á las inmediaciones de Compiègne, combatió á sus adversarios como cualquiera de los mas valientes caballeros de ese tiempo, los hizo huir dos ó tres veces; pero cercada al fin por todas partes, fué hecha prisionera y vendida despues por Juan de Luxembourg á los ingleses.

¿Qué hicieron los ingleses con Juana la valiente, con Juana la generosa, con Juana la bella? Declararla *hechicera, prostituida, irreligiosa y contumaz*, y condenarla en nombre de la justicia y de la religion, á ser quemada viva.

La sentenciá fué llevada á efecto, y Juana quemada en una de las plazas de Rouan.

En los campos de batalla habia sido Juana una heroína; en el suplicio fué una santa.

En medio de los crujidos de las llamas que subian á devorar sus formas puras, castas y mórbidas su alma se elevaba á los cielos y espiraba ofreciendo sus tormentos á Dios, perdonando á sus verdugos, y llenando de besos el símbolo santo de la cruz.

El rey Carlos VII, Dunois, Xaintrilles, todos olvidaron completamente á Juana; quizá tambien un sentimiento de zelo hizo que Ines Sorel abandonara en los últimos dias de su desgracia á la noble y valiente compañera con quien habia trabajado para encender en el alma tibia del delfin, el amor de su patria y el sentimiento de la dignidad real. Todos aquellos cobardes personajes, entregados á la ociosidad, al egoismo y al miedo en los dias en que Juana combatió por la patria y derramaba su sangre al pié de las murallas, salieron de su retiro el dia de su desgracia, á ultrajar, á acriminar y á encender la hoguera que debia consumir el cuerpo vírgen de la heroica muchacha.

Pero estos milagros, estas inspiraciones, estas figuras celestiales, estas voces y mandamientos de otro mundo que hicieron salir á Juana de su aldea y la condujeron hasta la gloria del martirio, y cuyas memorias referidas hasta por los historiadores enemigos é inerédulos han llegado á nosotros, tuvieron algo de real, de positivo y de cierto?

Este es un misterio que pasó entre Dios y Juana de Arco; pero lo que hay de positivo es, que si todos los seres racionales reciben al nacer una chispa sagrada de ese fuego con que Dios animó al primer hombre, algunos hay á quien la Providencia por sus altos designios infunde algo mas de su poder y de su fuerza para que hagan en la tierra cosas grandes y maravillosas, y sufriendo la ingra-

itud, la envidia y la maldad de los hombres, vuelvan purificados con el martirio al seno de la eternidad y de Dios.

Para los que creemos en esa máxima sencilla y simple que anda en boca del pueblo, de que la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, esas figuras humanas como la de Juana de Arco, aparecen siempre al través de las edades y de los tiempos, y á pesar de la calumnia que intentó manchar la pureza de su vida, revestidas con el traje puro y reluciente de la inspiración celestial.

No sabemos si la crítica deberá caer sobre el gobierno ó sobre el pueblo; pero lo cierto es, que la Inglaterra es implacable y terrible en sus venganzas, y es más implacable y terrible mientras más grande y heróico es el enemigo.

Juana de Arco y Napoleon son los ejemplos más notables.

Cuando se registre la inmensa galería de cuadros magníficos y gloriosos de la historia inglesa, el observador filósofo notará dos de mayores dimensiones que los otros. El uno representará una plaza pequeña en la ciudad de Rouan, rodeada de edificios antiguos ennegrecidos por el tiempo. En un costado de esa plaza estará una casa de tres pisos, con ventanas y vidrieras muy antiguas, con dos torrecillas en la entrada, con almenas en las azoteas y con todas las apariencias de una habitación feudal. Delante de esa casa ó castillo llamado *Hotel de*

Bourg Theroude, se elevará una pira formada de trozos de leña seca que comienzan á crujir y á echar gruesas columnas de humo al impulso del fuego; sobre esa pira y atada en una gruesa viga está una doncella, con su cabello suelto y cubierta con una lijera vestidura blanca. Cuando la llama comienza á subir y prende sus vestidos, vuelve sus ojos, y no encontrando amparo en los soldados feroces y en la multitud imbecil que llena la plaza, levanta su rostro hácia el cielo y clama á la víctima de la crueldad humana, que imploran siempre todos los desgraciados y todos los que al abandonar la vida mueren en el seno de la religión.

En esta plaza, solitaria á las horas en que van apagándose los últimos rayos del sol y llenándose las estrellas de una luz blanca y apacible y reclinado junto á la muda estatua de la doncella de Orleans, es cuando he recordado esta melancólica historia y he dado gracias á la Providencia porque me ha hecho nacer en unos tiempos en que han acabado estos actos señalados de barbarie.

Se nos pasaba la descripción del otro cuadro. Representa una isla pequeña, solitaria y en medio de un gran mar. Las olas azotan con fuerza unos peñascos erizados unas veces, y al parecer trozados á pico otras. En la cima de una de esas rocas, se halla un hombre de baja estatura, de miembros gruesos y fuertes, pero de semblante pálido y casi amarillento. Levanta un momento su vista, la

tiende por la inmensidad del mar y después inclina la cabeza, cruza los brazos y queda en silencio, agobiado de un dolor profundo é incomprendible; debajo de estos dos cuadros están escritas con letras de acero las siguientes palabras que reasumen dos épocas enteras de la historia y que leerán las naciones mas distantes de Europa: *Venganza de la Inglaterra. Ingratitud de la Francia.*

¿Por qué la Francia, tan enérgica, tan valiente, tan llena de vida, no se levantó en masa para arrancar de la hoguera á su santa y heroica libertadora, y para sacar del destierro al que habia llevado en triunfo por las naciones mas fuertes y poderosas de la tierra, las águilas francesas? ¿Por qué la Inglaterra tan grande, tan célebre en el mundo, no quiso adquirir la dulce y eterna celebridad de la clemencia, tendiendo una mano generosa á sus enemigos?

Dios habia destinado á Juana para el sacrificio, y al emperador para la espiacion; y la heroína que salvó á su patria, recibió la recompensa en una hoguera; y el capitan que no cabia en el mundo, espiró en una pequeña roca.

Algunos sucesos de la historia, ó tienen esta espiacion, ó no pueden tener ninguna otra.

 XXIII.

LA REINA MARGARITA.

Desde el momento en que apareció la gloriosa doncella de Orleans, los negocios cambiaron enteramente de aspecto. La fuerza moral y material crecia en Francia á medida que menguaba visiblemente en Inglaterra.

Henrique VI tenia un carácter enteramente opuesto al de su padre. El uno habia sido tormentista y pendenciero en su juventud, mientras el otro era tranquilo, reposado y metódico. El uno tenia en las venas de su sangre el ardor guerrero, mientras el otro amaba la paz y la quietud de todo corazón. El uno tenia por cualidad natural la accion y el movimiento: el otro el reposo y la indecision. El uno tenia por su carácter, por su vida y sus expediciones, sus estravíos y sus arrebatos;